



## Capítulo 619: Historias de madres e hijas

Vergil bajó los últimos escalones con el peso de alguien que acababa de derrotar a un jefe de alto nivel, pero el jefe no era más que un demonio completamente borracho que desafiaba cualquier límite moral existente.

Se encogió de hombros, se crujó el cuello y murmuró:

«Esa mujer borracha es más problemática que un dios que intenta matarme...».

Cuando llegó al salón principal, notó un movimiento inusual.

Raphaeline estaba allí, con esa sonrisa de esposa que ya sabía que estaba tramando algo.

Junto a ella estaba Ada, aferrada a ella, pero aún con esa ligera timidez postraumática por el incidente de Dionisio.

Katharina y Roxanne estaban sentadas en el sofá, fingiendo ver la televisión, pero claramente escuchando todo.

Viviane estaba en la cocina, con las alas extendidas y una camiseta demasiado grande, preparando un pastel con una concentración casi espiritual.

Raphaeline vio a Vergil y le dedicó esa sonrisa radiante, la típica sonrisa de alguien que (todavía) no había visto las travesuras que había hecho Sapphire.





—¡Amor!

Cruzó el salón con la gracia de una reina celestial y lo abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su pecho.

Ada vino justo detrás, agarrándole del brazo y poniéndose de puntillas para besarlo también.

Vergil les rodeó los hombros con los brazos, suspirando al menos una vez por segundo.

—¿Habéis llegado las dos a la vez?

Raphaeline lo soltó y entrelazó sus dedos con los de él.

—Nada especial, solo hemos venido a pasar un rato aquí. Quería ver cómo iban las cosas y...

Lo miró con esa expresión de madre que susurra un chisme.

—Quería saber cómo era matar a Dioniso.

Vergil soltó una risita de satisfacción.

—Fue sencillo. Intentó robarme a Ada.

Acercó a la hija de Raphaeline y le besó la cabeza.



—Así que tenía que estar a la altura de mi título de marido.

Ada se sonrojó al instante.

Raphaeline levantó las manos, teatralmente, feliz.

—¡Lo sabía! Sabía que podía contar contigo.

Le pellizcó la mejilla a su hija.

—Gracias por proteger a mi pequeña.

Vergil resopló con orgullo.

—Es mi niña. Nadie le pone una mano encima.

Ada se sonrojó aún más.

Y entonces Raphaeline, por supuesto, decidió ir más allá.

—Ahora puede llamarte papá, ¿verdad?

Y esbozó la sonrisa más maliciosa y angelical que jamás se había visto en el inframundo.

El tiempo se detuvo.





Ada se quedó paralizada.

Katharina abrió la boca.

Roxanne escupió su refresco.

Viviane golpeó el bol con tanta fuerza que parte de la masa salió disparada.

Ada gritó:

«¡¡NUNCA!! ¡Nunca llamaría a mi propio marido p-p-papá!».

Raphaeline se llevó la mano a la boca como si estuviera sorprendida, pero era 100 % actuación.



«Espera, ¿no estás casada? Mi yerno te cuida tan bien que realmente parece un...».

«¡¡NADIE AQUÍ VA A DECIR ESA PALABRA!!». Ada casi sufre un aneurisma.

Roxanne, todavía tosiendo por reírse tanto, murmuró:

«Dios mío... se ha convertido en una tendencia... es genético...».

Katharina se llevó la mano a la cara.



«Después de mi madre, ahora la suya también... esto es un brote familiar mundial».

Vergil suspiró profundamente, reconsiderando una vez más toda su vida.

«Ya basta. Hoy no hay oyakodon 2.0. Ni Daddy-chan, ni Daddy-kun, ni nada por el estilo».

Raphaeline cruzó los brazos y puso morritos.

«Oh... Pensaba que era bonito...».

Vergil la miró con los ojos entrecerrados.

«Solo quieres molestarme».

Raphaeline esbozó una sonrisa inocente.

«Quizás».

Ada le agarró del brazo como si quisiera protegerse de un terremoto.

«Nunca llamaré. Nunca. Nunca. NUNCA».

Vergil le besó la frente.

—Lo sé, pequeña.



Ada se sonrojó por completo y se derritió.

Raphaeline se rió, satisfecha de haber incendiado toda la habitación.

—Pero en serio... —dijo, respirando hondo—. Quería verte. Y ver si Ada estaba bien después de todo. Se puso muy nerviosa.

Vergil acercó a Ada hacia él con una caricia firme.

—Ahora está a salvo.

Ada enterró la cara en su pecho, avergonzada, pero también un poco orgullosa.

Viviane apareció con un plato en las manos.

—El pastel está en el horno. Pero he oído lo de «papá».

Quería decir que apoyo esta versión del caos.

—¡VIVIANE! —Ada casi explotó.

Roxanne ya estaba tumbada en el sofá, riéndose sin control.

Katharina murmuró:





—Si mi madre se despierta y baja diciendo «buenos días, yerno mío», juro que renunciaré a la vida.

Vergil levantó un dedo.

—Está durmiendo. Y nadie la despertará. Nunca más. Quizás durante años.

Raphaeline le guiñó un ojo.

—¿Durmiendo? Eh... se emborrachó, ¿no?

Vergil permaneció en silencio.

Raphaeline sonrió aún más.

—Ahhh... entonces lo sé.

Katharina palideció.

Roxanne vibraba de alegría.

Ada se escondió detrás de Vergil.

Y Vergil concluyó, cansado... «Vamos al salón. Todos tenéis que explicarme por qué todas las madres de esta casa tienen un tornillo suelto. Mi madre sería la única que querría algo así».

... Hablando de Sephirothy... En otro lugar.



La oscuridad allí no era simplemente una ausencia de luz.

Era una presencia. Antigua. Abundante. Tan densa que pesaba sobre la piel, el tipo de oscuridad que se tragaba los pensamientos, las voces, los ecos e incluso los recuerdos, si alguien se atrevía a quedarse quieto durante demasiado tiempo.

Y fue precisamente en ese lugar, en el límite absoluto del mundo demoníaco, en el abismo final donde incluso el inframundo se negaba a mirar.....

donde Sepphirothy finalmente se detuvo.

Milenios de silencio observaban a la mujer mientras sus alas demoníacas negras y sus alas angelicales blancas se abrían, temblando con una energía primigenia demasiado primitiva para describirla. La punta de su cola se levantó, inquieta.



Detrás de ella, Neberius aterrizó suavemente, con los pies tocando esa superficie líquida y sin vida que parecía existir solo por obstinación.

Ella miró a su alrededor. «... así que esto es real», murmuró, incrédula. «Después de todos estos siglos... realmente pensé que era una mentira».

Sepphirothy no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos al frente... quietos, muy abiertos, como si el universo mismo hubiera dejado de respirar.

Y entonces, finalmente, dio un paso.

Y la oscuridad retrocedió.



Como un animal asustado que reconoce a un depredador por encima de todo.

Ante ellos, iluminado por una luz que venía de ninguna parte, yacía un antiguo altar. Tan antiguo que el tiempo juraba no recordar haberlo creado. Hecho de huesos, cristal negro y algo que solo la magia ancestral podía sostener.

Y en el centro.....

un sello.

Un círculo perfecto, tallado con runas tan antiguas que el lenguaje mismo había desaparecido del universo.

Neberius tragó saliva. «Mierda... magia demoníaca primordial...». Sintió miedo por primera vez desde que salió de la bóveda de Lucifer.

No respeto.

No precaución.

Miedo genuino.

Porque ese lugar no estaba vacío.

Estaba durmiendo.





Sepphirothy se arrodilló lentamente, tocando el suelo con una reverencia que nunca había mostrado ante el Infierno, el Inframundo, Vergil ni ningún soberano existente.

«Por fin...», murmuró con voz temblorosa. «Después de tanto tiempo...».

Sus uñas tocaron el borde del altar. La piedra brilló, reconociendo su sangre.

Un suspiro ancestral resonó en el abismo.

No era el viento.

No era el maná.

Algo más profundo.

Algo que conocía su nombre.

Neberius sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal.

—Sepphi... esto... ¿esto es realmente...?

Ella dio un paso atrás.

—No creo que debamos estar aquí ni tocar esto.

Sepphirothy colocó toda su palma sobre el altar.





Llamas negras encendieron líneas que habían permanecido inactivas durante siglos.

Y entonces dijo... «Sí». Las runas despertaron como ojos. «Este es su lugar de descanso».

Neberius dejó de respirar.

Sepphirothy levantó la cara y, con una mezcla imposible de orgullo, miedo y devoción absoluta, anunció:

«La tumba de la progenitora de todos los demonios». La llama negra respondió al unísono, como si se hiciera eco de la declaración. «Lilith». El nombre cruzó el abismo y regresó, multiplicado, reverberando como un canto prohibido.



Neberius apretó los brazos contra su cuerpo.

«Sepphirothy... si ella realmente está aquí...», su voz temblaba, «... entonces no hay lugar más peligroso en el mundo».

Sepphirothy sonrió lentamente.

Una sonrisa que nadie más podía ver sin arrodillarse.

«Lo sé». Deslizó los dedos sobre las runas, sintiendo el pulso dormido de la primera madre. «Por eso he venido». El abismo se estremeció.



Como si Lilith hubiera sentido a alguien de su propia sangre por primera vez en siglos.

Y entonces... El sello respiró. Levemente. Pero de verdad. Neberius cayó de rodillas, abrumado por el terror puro.

Sepphirothy simplemente cerró los ojos. «Te he encontrado, madre».

Él rugió.

Como si estuviera vivo. Como si estuviera sufriendo. Como si lo estuvieran arrancando a la fuerza de un sueño que duró más tiempo del que ninguna civilización jamás soñó que existiera.

Las runas comenzaron a sangrar luz.

Luz, no maná, no energía, luz.

Luz roja, pulsante, orgánica.

Como si cada símbolo fuera un ojo obligado a abrirse.

Y entonces la sangre de Sepphirothy tocó la superficie.

En el mismo instante en que cayó la primera gota, el sello gritó.

El suelo vibró como un corazón que latía por primera vez en siglos.





Las paredes exhalaban un aliento helado, cargado de ecos demasiado antiguos para traducirlos, y la realidad misma pareció doblarse, como si reconociera un nombre prohibido.

Neberius dio un paso atrás, tambaleándose.

—Sepphy... esto... esto es real. Yo... yo pensaba que era un mito...

Sepphirothy no respondió.

Simplemente levantó la mano y amplió su barrera, envolviendo a Neberius con un escudo que parecía el tejido mismo del caos domesticado. El impacto de la reacción del sello fue tan absurdo que la barrera vibró, y Sepphirothy apretó los dientes para mantenerla en pie.

Y entonces el mundo se detuvo.

El sello se abrió.

No se rompió. No se agrietó. No explotó.

Simplemente se abrió, como si nunca hubiera sido una prisión, sino una puerta que esperaba la sangre adecuada.

Al otro lado...

...había silencio.

Un silencio tan absoluto que dolía.





Hasta que algo se movió.

Primero emergió una mano delgada, larga, elegante, pero del color de una luna muerta, manchada de grietas que brillaban con una luz púrpura. Luego apareció una melena plateada: larga como ríos antiguos, cayendo en mechones apelmazados, sucia, pesada, sin brillo. El tipo de cabello que una vez fue divino, pero que perdió siglos a causa de la muerte.

Una sombra femenina se levantó de las cenizas, encorvada, como si el aire fuera demasiado pesado después de dormir durante incontables siglos.

Y entonces levantó la cara.

El mundo entero pareció retroceder.

Pero lo que se alzaba ante ellos... no era la Lilith de las leyendas.

Era la Lilith que la muerte había devuelto incompleta después de estar sellada y encerrada en el abismo durante miles de años.

Cada detalle parecía esculpido para evocar un instinto primitivo de reverencia y terror...

La piel, demasiado blanca, casi transparente, cortada por fisuras que parecían brillar como lava fría bajo la superficie. Como si fuera un jarrón antiguo, a punto de romperse... pero aún así terriblemente hermoso.





Los ojos, carmesí como sangre hervida, brillaban con una intensidad que ninguna criatura viva debería soportar. Pero el brillo temblaba, parpadeando como una estrella moribunda.

Los labios, antes seductores, estaban agrietados, marcados por el tiempo y el silencio, pero aún conservaban una sonrisa que sabía cómo enviar ejércitos al infierno con un susurro.

Los cuernos, rotos y dentados, abiertos con grietas internas que latían como corazones enfermos. El poder se escapaba de ellos en pequeños chasquidos, como tinta que gotea.

La ropa, que en la imagen sería un símbolo de lujo absoluto, ahora estaba gastada, desgarrada en los bordes, los metales oscurecidos, las gemas opacas, pero algo en ella aún gritaba divinidad caída.

Su cuerpo, demasiado delgado, demasiado tembloroso, se movía con gracia... y con el peso de alguien que recordaba lo que era vivir, pero no estaba seguro de si su cuerpo aún le obedecería.



Cuando levantó la cabeza por completo, el aire cambió.

Se volvió pesado.

Se curvó.

La propia oscuridad parecía inclinarse, como sirvientes arrodillándose.

Sepphirothy respiró hondo y su corazón se encogió. No porque tuviera miedo.



Sino porque reconoció.

La energía era la misma que corría por su sangre.

Más vieja.

Más fría.

Más profunda.

Lilith abrió los ojos lentamente, la luz carmesí atravesando a Sephirothy como una espada.

Y sonrió.

Una sonrisa rota... pero cargada de amor antiguo y hambre olvidada.

«Mía...». Su voz sonó áspera, rugosa, como piedras raspando el fondo del abismo.

Volvió a respirar, y el sonido resonó como el primer aliento de una criatura divina renacida. «Mi hija...».

Sephirothy la miró... Aunque ahora tenía más de mil años, mucho más que eso... Seguía siendo una niña pequeña cuando vio a su madre.

«M-mamá...», dijo Sephirothy mientras Lilith intentaba ponerse de pie.







JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Pero... las fuerzas de su cuerpo la traicionaron y se desmayó...

